

Diálogos, encuentros y desencuentros : los movimientos sociales en el Mercosur	Título
Jelin, Elizabeth - Autor/a;	Autor(es)
Buenos Aires	Lugar
IDES, Instituto de Desarrollo Económico y Social	Editorial/Editor
2000	Fecha
Cuadernos para el Debate no. 10	Colección
Mercosur - Mercado Común del Sur; Globalización; Integración regional; Sujetos sociales; Movimientos sociales; Cultura; América Latina; Mercosur;	Temas
Doc. de trabajo / Informes	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Argentina/ides/20110524125738/Debate10_EJelin.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences



Diálogos, encuentros y desencuentros

Los movimientos sociales en el Mercosur

Elizabeth Jelin

Cuadernos para el Debate N° 10

Programa de Investigaciones Socioculturales
en el Mercosur
Instituto de Desarrollo Económico y Social



Presentación

El Programa de Investigaciones Socioculturales en el Mercosur comenzó sus tareas a principios de 1997 en el IDES, con el antecedente de la organización de la Red de Investigadores Sociales del Mercosur con el apoyo del Programa MOST de la UNESCO en 1996. Desde entonces, el Programa ha iniciado el desarrollo de una diversidad de proyectos colectivos e individuales y ha realizado un seminario permanente de investigación en el que han presentado sus trabajos investigadores nacionales e internacionales. Los participantes del Seminario y los miembros del equipo del Programa representan un conjunto heterogéneo de disciplinas: sociología, antropología, psicología, historia, educación, ciencia política, comunicación, entre otras. Del mismo modo, converge en el Programa una cierta gama de enfoques conceptuales. Esta convergencia de disciplinas y enfoques ha potenciado el intercambio y la profundización de las principales preocupaciones: las transformaciones en las percepciones y relaciones entre nosotros/los otros en el marco de los procesos de regionalización. Este interrogante inicial se ha plasmado en el análisis de referentes empíricos específicos que abarcan movimientos sociales, espacios fronterizos y distintos actores e instituciones involucrados en las nuevas dinámicas de la interacción.

A través de estos *Cuadernos para el Debate* el Programa da a conocer los avances y resultados de las investigaciones de sus miembros y becarios.

Elizabeth Jelin y Alejandro Grimson

Nº 10, Buenos Aires, noviembre de 2000

Los ***Cuadernos para el Debate*** se publican gracias al patrocinio de la AGENCIA NACIONAL DE PROMOCIÓN CIENTÍFICA Y TECNOLÓGICA (PICT/97) y de la FUNDACIÓN ROCKEFELLER.

Elizabeth Jelin
UBA – CONICET – IDES

Trabajo publicado en el **International Social Science Journal**, N° 159, marzo de 1999.

Diálogos, encuentros y desencuentros

Los movimientos sociales en el Mercosur

ELIZABETH JELIN

El proceso de globalización en curso constituye un cambio sustancial en la organización económica, social y política del mundo contemporáneo. La internacionalización del capital, la apertura y desregulación de las economías nacionales, el fin de la Guerra Fría, la expansión y revolución tecnológica en los campos de la información y la comunicación están provocando transformaciones sociales y culturales de enorme significación.

En un sentido, no se trata de fenómenos totalmente nuevos sino de cambios en la escala y en la temporalidad de los mismos. La historia de la colonización y de la dominación europea, así como la historia económica de los imperios, han sido fenómenos mundiales, que se desarrollaron en épocas en que no existían satélites que permitieran la comunicación instantánea o el funcionamiento coordinado de los mercados de capitales, tal como se producen en la realidad contemporánea.

La historia de los movimientos sociales modernos muestra también la presencia de una dimensión internacional desde sus inicios. El movimiento obrero que se desarrolló desde los albores de la revolución industrial, por ejemplo, ya tenía un carácter internacional. Esto estaba presente en el ‘proletarios del mundo, uníos’, que proclamó hace ciento cincuenta años una visión global del desarrollo de la clase obrera. En este siglo, otros movimientos también manifestaron este carácter mundial y global en sus objetivos, estrategias y actores: el movimiento sufragista de los años veinte

y el feminismo más reciente, el ambientalismo, el indigenismo y los movimientos contemporáneos por los derechos humanos. De hecho, todos estos movimientos se desarrollaron simultáneamente en una escala local y en un contexto global.

El sentido de lo local, lo nacional y lo global, sin embargo, no son constantes a lo largo de la historia. Hay sentidos nuevos, por la magnitud y alcance de los fenómenos contemporáneos de la globalización. Dos tendencias contradictorias coexisten en este fin de siglo: una, hacia la globalización y la transnacionalización, hacia los *fenómenos de escala planetaria*, en las comunicaciones, en los intereses económicos, en los peligros ambientales, en el armamentismo, en los acuerdos e instituciones internacionales. La otra, la revitalización de la localidad y la reafirmación de las raíces ancestrales, manifiesta de manera más cabal y violenta en las rivalidades étnico-culturales, en la auto-referencia cultural y simbólica de muchos pueblos –que no puede ser tecnológica o material, a riesgo de caer en el aislamiento–.

Es en el contexto de estos fenómenos que deben ser entendidos los proyectos y procesos de “integración regional” que se están desarrollando en distintas partes del mundo. La Unión Europea es sin duda el líder mundial de estos procesos, tanto por el grado de integración alcanzado como por su papel de modelo internacional. En otras regiones, hubo iniciativas en el pasado (con registros de fracaso, como el caso del Pacto Andino, el Mercado Común Centroamericano, la ALALC y la ALADI en América Latina) y varias se desarrollan en la actualidad (NAFTA en América del Norte, APEC en Asia, MERCOSUR en el sur de América Latina). Es muy probable que en la próxima década se concreten otros proyectos de esta naturaleza en otras partes del mundo (Europa Central y del Este, partes de Asia, el Cono Sur de África). Estas iniciativas son visualizadas en general como mecanismos para responder a los desafíos planteados por la creciente globalización y transnacionalización (en tecnología, comunicaciones, intereses económicos, etc.) y por las dificultades que enfrentan las economías nacionales cerradas.

Estos proyectos de integración regional son centralmente procesos económicos. Están basados en la voluntad de las elites y en la decisión política de gobiernos y agentes económicos poderosos. La gran mayoría de las discusiones formales se centran en aspectos macroeconómicos y en

acuerdos sectoriales: el comercio, la integración productiva, las finanzas. Sin embargo, imbricados en los temas explícitos de negociación hay otro nivel de significados, que hace referencia a dimensiones culturales y subjetivas de los proyectos de integración, al accionar de otros agentes sociales (que pueden estar excluidos de las negociaciones formales) y a otros escenarios de la acción social y el diálogo, además de las mesas formales de la negociación.

En este contexto, este trabajo se propone tomar como eje de análisis las transformaciones societales y culturales que ocurren cuando se generan proyectos y procesos de “integración” regional. El caso de la integración del MERCOSUR será el campo privilegiado de observación, explorando el significado de este proceso para la dinámica de los movimientos sociales. No se trata de presentar resultados de investigación, ya que el proceso es incipiente y no estudiado, sino de avanzar en las preguntas y en las cuestiones que debieran convertirse en el centro de observaciones e investigaciones. Si bien el foco está en un “caso”, muchas de las preguntas, así como el modelo de abordaje, tienen una aplicabilidad potencial más amplia, a otras regiones y otros proyectos en el mundo contemporáneo.

¿Qué es el Mercosur?

El MERCOSUR (Mercado Común del Sur), es una iniciativa de integración regional que incluye como socios plenos a Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay, en asociación con Chile y Bolivia a través de tratados de libre comercio. Los cuatro países firmaron un acuerdo en marzo de 1991, aunque Brasil y Argentina ya estaban comprometidos en un programa bilateral de cooperación e integración desde 1985. Los acuerdos de libre comercio de Chile y Bolivia fueron firmados en 1995 y 1996.¹ El acuerdo prevé la creación de un mercado común a través de la convergencia progresiva de los aranceles externos hacia un patrón común y de la gradual liberación del comercio dentro de la región.

A partir del Tratado de Asunción de 1991 se fueron gestando algunas instancias institucionales intergubernamentales con capacidad decisoria (el Consejo del Mercado Común, el Grupo Mercado Común y sus Subgrupos de Trabajo, la Comisión de Comercio del MERCOSUR). También se desarrollaron instancias de interacción parlamentaria (la Comisión Parlama-

ría Conjunta, órgano representativo de los parlamentos de los países) y un Foro Consultivo Económico-Social (órgano con participación de sectores económicos y sociales de los países).

El eje del proceso de “integración” está en las negociaciones económicas y comerciales entre los sectores de los países –posiblemente es en el sector automotriz donde se concentran los mayores esfuerzos de negociación sectorial–, pero este proceso de “integración” ha generado también un enorme número de reuniones del más diverso tipo. Hay reuniones políticas, entre las cuales están los encuentros periódicos de los presidentes de los países, encuentros con gran cobertura de prensa en los que se reitera una y otra vez un discurso integrador, basado en la “hermandad” y el destino común de los pueblos. Hay reuniones y grupos intergubernamentales para negociar y acordar temas tales como credenciales educativas, acuerdos sobre seguridad social y políticas de promoción del empleo, proyectos y programas de políticas culturales, etc.

Todas estas negociaciones, discursos y acuerdos formales de los gobiernos nacionales son actividades “de cúpulas”, con muy poco conocimiento y casi nula participación de sectores sociales ajenos a los sectores económicos o políticos directamente involucrados en cada caso. Sin embargo, la enorme actividad ligada a la negociación formal por la integración provoca un nuevo dinamismo en actores sociales tradicionalmente ajenos o excluidos de estas negociaciones. De hecho, toda la agenda de los contactos e intercambios culturales y sociales de la región está en proceso de revisión, y las actividades en el nivel “regional” por parte de los movimientos sociales se están convirtiendo en objeto de planificación, de observación, de reflexión y de análisis estratégico por parte de los propios actores. Aunque, como ha sido señalado por diversos autores, hay un “déficit de democracia” en la negociación formal de la integración, las sociedades y los agentes sociales tienen sus propias maneras de encarar el proceso, y llevan adelante actividades y estrategias comunes, como lo han hecho a lo largo de la historia.

Hay que recordar aquí que el camino hacia la integración regional en el MERCOSUR está recién en su etapa inicial en lo que hace a acuerdos gubernamentales, pero los vínculos entre las sociedades y los estados tienen hondos raíces históricas. Las fronteras entre los países se fueron estableciendo, no sin conflictos, durante el período colonial, durante las

guerras de la independencia de la primera mitad del siglo XIX, y en conflictos armados y negociaciones posteriores –con algunos litigios limítrofes aún sin resolver–. En términos sociales y culturales, estas fronteras han sido siempre muy porosas, traspasadas permanentemente por corrientes migratorias (sea por razones económicas o por exilios políticos), por intercambios culturales de diverso tipo y por el turismo. Estos intercambios han generado redes de parentesco y de amistad, así como relaciones laborales transnacionales que son de la mayor importancia para la vida cotidiana de grandes sectores de la población. Por otro lado, para ciertas actividades culturales de masas, especialmente para la música pero también para alguna producción mediática, las fronteras parecen no existir. Las fronteras también han sido porosas para mantener los vínculos entre organismos militares y de seguridad, como quedó claramente demostrado en la perversa y horrenda experiencia de coordinación del terrorismo de Estado durante las dictaduras de los años setenta.

La observación de los procesos en curso en la región indica que la existencia del MERCOSUR formal, las negociaciones y acuerdos, comienzan a funcionar como un nuevo encuadre o marco para las actividades –diálogos, intercambios, encuentros y conflictos– entre diversos actores y agentes sociales. *Actores y encuentros preexistentes comienzan a cobrar un nuevo significado en ese marco, y hay nuevas oportunidades para generar actividades, con sus encuentros y desencuentros.*

Los niveles de la “integración”

Como ya se dijo, la negociación de la “integración” es un proceso de cúpulas, donde funcionarios estatales y representantes empresariales tienen un lugar protagónico. Coexisten en estas negociaciones dos lógicas, que teóricamente pueden parecer mutuamente inconsistentes: por un lado, una lógica racional de intereses, un cálculo de costos-beneficios, según la cual los acuerdos a los que se llega redundan en beneficios comunes. Sólo se puede llegar a acuerdos, entonces, en las áreas o temas en los que el cálculo de costo-beneficio no se define en términos de “suma-cero”, en situaciones en que el beneficio de unos no implica la desventaja para otros. También habrá “acuerdos”, según esta lógica, cuando las diferencias de poder sean tales que a los “débiles” no les quede otra

posibilidad que aceptar la lógica impuesta (a veces camuflada) por los fuertes.

Por otro lado, en el plano discursivo de los actores poderosos en el proceso de negociación, hay una apelación identitaria “regional” casi permanente, que resalta y reafirma la unidad histórica, la hermandad eterna y “esencial” entre los pueblos, la integración y el “destino” común de los países miembros –afirmando simultáneamente que la integración no requiere la pérdida de las especificidades nacionales–. El discurso de la integración, la hermandad, el origen histórico y el destino común está presente en las declaraciones oficiales. Está también presente en las afirmaciones de muchos investigadores y observadores del proceso en curso, que combinan una lectura idealizada de la historia con una expresión de deseos (Grimson, 1997). Autores reconocidos escriben, por ejemplo, que “el MERCOSUR no es un concepto nuevo. Por el contrario, la idea de integración se presenta recurrentemente en una historia compartida que proviene incluso de antes del descubrimiento por españoles y portugueses, que se desarrolla por muchos siglos incluso después de la independencia de las respectivas metrópolis” (Peña, 1997:19). O también, “En los cinco siglos del desencuentro de Argentina y Brasil las raíces históricas comunes y las afinidades culturales quedaron relegadas por el aislamiento recíproco y los enfrentamientos reales o imaginarios. Ahora se abren nuevas fronteras... El conocimiento recíproco está aumentando, la tenue barrera del lenguaje se está disolviendo... y parece estar formándose, progresivamente, la visión de un destino compartido en un mundo global...” (Ferrer, 1997:102).

Seguramente estas diversas lógicas de la interacción y de la negociación coexisten en todas las esferas, con un predominio cambiante de uno u otro polo de este doble discurso de los intereses y la hermandad. Sin embargo, y a pesar del reconocimiento de estos dos lógicas, desde una perspectiva analítica no resulta productivo plantear hipótesis que vinculen las distintas esferas de la negociación (económica, política, cultural, etc.) con una lógica predominante. Identidades, confianza y sentidos, al igual que consideraciones de poder, están presentes cuando se negocian acuerdos en la industria automotriz; hay intereses presentes cuando se discuten intercambios culturales. Cada nación, y los diferentes grupos sociales dentro de ellas, se acerca a las otras naciones con un bagaje de valores

culturales, de tradiciones, de creencias, de hábitos de relación y de imágenes sobre los otros, y este bagaje influye en la manera en que se irá desarrollando el proceso de integración. Hay miedos de los chicos frente a los grandes; miedos y rivalidades en el mercado de trabajo; sentidos históricamente contruidos de confianza y desconfianza mutua; formas de discriminación y xenofobia. Sabemos muy poco sobre los procesos de diálogo e integración en el nivel de las sociedades y culturas. Se hace necesario entonces descubrir estos patrones subyacentes, y estudiar cómo se manifiestan en el diálogo e interacción que se están desarrollando en el plano de las relaciones sociales, tanto las cotidianas como las que se dan entre actores sociales colectivos y en las negociaciones formales.

Conceptualmente, esto implica poner entre paréntesis la noción de “integración”. Si bien hay datos que indican que los mercados y las economías están transformándose en un sentido de mayor intercambio y comercio, la noción de integración económica implica más que la apertura de mercados. Puede incluir tipos de cambio, políticas macroeconómicas, políticas de inversiones y viabilidad financiera, para no entrar a los temas más controvertidos de mercados de trabajo y niveles salariales (Ferrer, 1997). Igualmente, en los planos sociales y culturales, la “integración” no puede darse por supuesta, concebida como automática o autoevidente. Más bien, la investigación sobre procesos específicos de diálogo e interacción entre actores pondrá de manifiesto las condiciones y circunstancias en las que afloran tensiones y conflictos, donde las identidades nacionales se refuerzan, donde se manifiestan rivalidades y desacuerdos, y las situaciones que generan acuerdos y expresiones de armonía y diálogo creativo.

Por otro lado, los procesos de diálogo e integración no involucran procesos de homogeneización cultural o de consenso político. En realidad, uno de los grandes riesgos al hablar de interacción e “integración” es comprenderlas como una integración entre naciones homogéneas, que irá en camino de una homogeneización global. Los procesos de reformulación de identidades, las relaciones socio-culturales y los modos de comunicación producidos o vinculados al MERCOSUR adquieren formas específicas en las diversas localizaciones, según sus características históricas, geográficas, económicas y culturales. Existen áreas geográficas claramente diferenciadas –el MERCOSUR tiene significados diferentes en el Noreste brasileño o en la Patagonia argentina que en las áreas fronterizas de la

cuenca del Paraná o en Uruguay—. En el proceso de cambio, se generan nuevas periferias y desigualdades, en una dinámica que recrea la heterogeneidad multicultural basada en el contacto histórico en el diálogo contemporáneo. En este contexto, existen subregiones culturales supranacionales, como la región económico/cultural gaucha/*gaúcha*, la región chaqueña, o una región jesuítico-guaraníca (Achugar y Bustamante, 1996), y nuevas subregiones que se gestan a partir del proceso de interacción en curso.

Marcos interpretativos, oportunidades para la acción

Para actores y agentes sociales que venían actuando en espacios locales, nacionales o supranacionales, los acuerdos formales del MERCOSUR traen aparejada la posibilidad de cambio en el escenario de su acción. Se abren nuevas oportunidades políticas y se crea un campo donde se pueden desarrollar nuevos marcos interpretativos para su acción. En la medida en que el proceso de “integración” regional avanza, sin embargo, el cambio de encuadre y horizonte de la acción deja de ser una opción estratégica, una posibilidad de articulación “entre otras”. Al contrario, los agentes sociales se ven compelidos a interpretar su posición y su acción en el nuevo marco regional. Quien no lo haga, quedará rezagado y perderá el tren de la historia.

Para elaborar conceptualmente las nociones de marco y encuadre, podemos partir de la noción de “marco” de Goffman (1974), que la propone para denotar esquemas de interpretación que permiten a los individuos ubicar, percibir, identificar y rotular los acontecimientos en su vida cotidiana y en el mundo más amplio. Son los marcos los que dan significado a eventos y acontecimientos, le dan sentido al mundo, organizan la experiencia y guían la acción individual y colectiva. Los marcos son las metáforas, representaciones simbólicas y claves cognitivas que modelan comportamientos y ayudan a evaluar acontecimientos.

Es claro que los marcos interpretativos no son permanentes o estables. Tampoco son consensuados o únicos. En todo momento histórico, distintos marcos interpretativos pueden competir entre sí, acompañando o aun promoviendo conflictos entre actores, desafiando interpretaciones hegemónicas y sugiriendo cursos de acción alternativos. Introducirlos en el

análisis implica dar un lugar privilegiado a las ideas, a las tradiciones culturales, a los valores y creencias, a las percepciones y a los componentes cognitivos de la acción social. Implica también incorporar las maneras en que distintos actores políticos y activistas de movimientos sociales generan y desarrollan imágenes, metáforas y cambios en las definiciones de situaciones sociales, aprovechando la presencia de contradicciones culturales y de nuevas oportunidades políticas. En suma, estamos hablando de un proceso activo de construcción cultural, con efectos en las prácticas de movimientos y agentes sociales (Zald, 1996).

Los elementos que intervienen en estos marcos son de naturaleza diversa. Pueden ser más permanentes o estables, o más volátiles y coyunturales; pueden estar más ligados a estructuras e instituciones o a tradiciones culturales (Gamson y Meyer, 1996). Los movimientos sociales (como campos de actores más que como actores unificados) podrán aprovechar o construir sus oportunidades políticas a partir, justamente, de las maneras en que estructuran los marcos interpretativos de su acción. Se trata entonces de un cambio en el marco o en los parámetros de la acción, una revisión en la manera en que la gente percibe y organiza las circunstancias de su vida, que puede involucrar una “liberación cognitiva” (McAdam, 1982). En los movimientos de protesta, por ejemplo, puede ocurrir a través del pasaje de un marco interpretativo basado en la suerte o el destino a uno que reconoce la injusticia y la mutabilidad de las situaciones sociales. Así, los movimientos locales, orientados a cuestiones coyunturales (por ejemplo, las reivindicaciones urbanas de agua potable o servicios de transporte) pueden cobrar nuevos sentidos cuando se enmarcan en movimientos más amplios y alianzas que reinterpretan las demandas en términos de democracia local y autogestión, o en términos de demandas por la equidad en las tareas de la reproducción cotidiana que se plantean desde el movimiento feminista. En cualquiera de estos casos, el cambio de marco implica la ampliación del sujeto de la acción, el referente del “nosotros” y el campo de acción del movimiento.

En el campo que nos ocupa, es decir la acción en la esfera pública, el referente dominante, que constituyó el marco interpretativo central para los actores colectivos, ha sido hasta hace muy poco el Estado-nación. En efecto, el Estado-nación se fue construyendo durante los últimos dos siglos como foco “natural” de la lealtad y la solidaridad de los ciudadanos, como

unidad “natural” del poder autónomo y de la soberanía. En la actualidad, esta centralidad está fuertemente cuestionada: los límites internacionales del Estado son permeables a la globalización de la producción, el comercio, la cultura y las finanzas, de lo que resulta una pérdida de control de los estados sobre sus destinos. La soberanía de los estados está comprometida también por los cambios en los patrones de alianzas y federaciones regionales. En el nivel sub-nacional, el Estado se ve desafiado por la revitalización de grupos solidarios basados en diversos criterios –regionales, lingüísticos, religiosos, étnicos, de género o estilo de vida–; también por innumerables movimientos sociales que generan sus propias solidaridades. Todos ellos empiezan a competir con el Estado por la lealtad de la población y a veces inclusive por la jurisdicción territorial.²

Las transformaciones provocadas por los proyectos de integración regional y los cambios en los escenarios de la acción generan preguntas de investigación específicas y concretas: qué les pasa a las distintas instancias del movimiento de mujeres cuando se empieza a desarrollar el proceso MERCOSUR? y al movimiento obrero, al movimiento ecologista o al de los derechos humanos? Qué sucede con los movimientos “regionales” (dentro de cada país o de regiones que cortan o cruzan límites internacionales)?³ ¿cómo interpretan las oportunidades que la nueva institucionalidad abre o cierra? ¿cómo aprovechan o desechan los distintos actores esas oportunidades? Pero, más importante en *esta primera etapa* en que la construcción cultural de marcos interpretativos es una tarea sin concluir, qué sentido otorgan los actores a los procesos sociales en el plano regional? ¿cómo construyen, en suma, su definición y su idea de “lo regional”?

Ponemos el énfasis en *esta primera etapa*, porque la construcción del MERCOSUR como horizonte regional es un proceso en curso, por el cual distintos actores y agentes tendrán que ir redefiniendo sus identidades y sus escenarios, en un sentido espacial/territorial. Los movimientos sociales, los actores, los sentidos de la acción, la participación y el compromiso, inclusive la “identidad”, no son fenómenos estáticos, que se fijan y cristalizan de una vez y para siempre. Más bien, son procesos que se refuerzan y se quiebran, que se desarrollan en direcciones posibles, más que determinadas. Las diversas temporalidades –coyunturas, tiempos cortos y horizontes de cambio histórico– se despliegan, confusamente, en su simultaneidad.

También está la cuestión del “espacio”, o más bien, la escala en la que actuaban y actúan los actores sociales, construyendo sus límites y sus identidades. En el caso que nos ocupa, en que los movimientos sociales habían estructurado su acción y su identidad en marcos interpretativos relativamente restringidos, basados en un privilegio (o aun una naturalización) de la nación y las fronteras, con visiones de los “otros vecinos” como amenazas, enemigos o simplemente como lugares vacíos, los procesos de diálogo regional pueden llevar a una ampliación y transformación del marco, donde esos mismos “vecinos” comienzan a ser vistos como “socios”, amigos o interlocutores legítimos. De la lógica de la rapiña y la rivalidad, al intercambio y diálogo. Esta etapa parece estar ausente en los discursos románticos que afirman que, en verdad, no hay “otros” sino directamente la unidad eterna o la integración original.

Las ampliaciones y transformaciones de los marcos interpretativos que están ocurriendo en las últimas décadas a partir de las tendencias hacia la transnacionalización y globalización –también a partir de los acuerdos regionales supranacionales– no son lineales y directas. Existen fuertes tensiones, originadas en el locus nacional de la efectividad del accionar y de las demandas de los movimientos sociales. Después de todo, los estados-nación siguen siendo los ámbitos donde se puede influir sobre cambios en políticas. Además, en tanto la identidad nacional sigue siendo el eje de organización de la transnacionalidad y el criterio de representación en las organizaciones internacionales, se pueden reforzar las identificaciones con “la nación” en desmedro de identificaciones que cortan o cruzan naciones, e inclusive pueden reforzarse las ideologías nacionalistas. En el caso de la Unión Europea, el desarrollo y fortaleza de la unión regional lleva a una reafirmación de la importancia del Estado-nación, ya que el propio proceso de integración obliga a los estados miembros a tomar posición en todos y cada uno de los temas presentados en las mesas de negociación (Bull, 1993).

El proceso formal del MERCOSUR se define como proceso de “integración” de países o *naciones*. Cabe preguntar entonces qué efecto tiene esta nueva visibilidad de las naciones en los acuerdos, consensos y disensos en los procesos de diálogo e interacción sociales. Las nacionalidades y los nacionalismos, las instituciones nacionales y las identificaciones nacionales, tienen un papel protagónico. En las mesas de diálogo y negociación

de *todo* tipo, cuando el contexto es MERCOSUR, los actores se definen en términos de nacionalidad. La nacionalidad legitima la presencia, y se convierte en visible y saliente. Así, es notorio el hecho de que cuando hay un encuentro sindical o académico en el marco del MERCOSUR, la nacionalidad de los participantes se vuelve un dato y una preocupación: están bien representados todos los países?, ¿cómo mantener el equilibrio? Antes o incluso –actualmente en contextos que no están definidos en términos de Mercosur–, estas preguntas no eran tan comunes.

Si esto es así, cabe plantear una hipótesis compleja, que deberá ser indagada en distintos contextos: el “efecto MERCOSUR” es paradójal. En un nivel, pensar en la “integración” regional implica, si no la disolución de las fronteras, el reconocimiento de un plano de unidad en la diversidad. En otro nivel, la nacionalidad y la identidad nacional no sólo están presentes sino que se refuerzan en los diálogos y en las negociaciones regionales. Al mismo tiempo que se intenta producir un nuevo “nosotros” colectivo y de alcance regional, se reafirman las identificaciones “parciales”, nacionales, que resaltan las diferenciaciones entre un yo/nosotros y los “otros” –en este caso, nacionales de otros países–. Cabe preguntar entonces cómo se hace manifiesta esta saliencia de la nacionalidad en la conformación de lo/as actore/as colectivo/as. Y, en tanto el proceso de diálogo e integración se desarrolla a lo largo del tiempo, preguntarse acerca de las transformaciones en las identificaciones nacionales en lo/as actore/as colectivo/as.

Los movimientos sociales y la escala de su acción

Partimos de una historia donde el marco interpretativo y articulador de la acción colectiva era el Estado-nación. Hasta los años setenta, en América Latina, el tema de la democracia y la participación estaba centrado en el sistema político: partidos políticos y elecciones para la transformación social democrática, guerras de liberación para las situaciones revolucionarias. El Estado-nación estaba en el centro, y los diversos actores orientaban sus estrategias en ese nivel. Inclusive actores corporativos tradicionales –la burguesía, el movimiento obrero, los militares– eran mirados fundamentalmente en cuanto a su capacidad de intervenir en el espacio político del poder del Estado. Si bien había transnacionalismos diversos, las alianzas y refuerzos internacionales de esos y otros actores

estaban orientados a aumentar los recursos y la capacidad de acción y de presión en el plano nacional. Otros actores sociales eran débiles; lo que había eran protestas, demandas frente al Estado, o espacios de sociabilidad y de refuerzo cultural local.

En el plano internacional, la centralidad del aparato del Estado llevaba a acuerdos y convenciones, elaborados y ratificados por los gobiernos. La sociedad tenía poca cabida directa y poco espacio en ese mundo. Pero por debajo de esta realidad, había otra. Oculta, apenas visible, confusa. En 1975, el mundo recibió con sorpresa y asombro el fermento social de las mujeres en los foros y conferencias paralelas a la Conferencia Internacional en México. La acción no estaba en la Conferencia Intergubernamental, sino afuera, en la multiplicidad de propuestas y eventos con que el movimiento internacional de mujeres acompañaba y confrontaba a la Conferencia *Oficial*. Desde entonces, esta modalidad de actividad paralela se ha convertido en una práctica cada vez más extendida. De los movimientos relativamente inestructurados de ese momento, se fueron generando redes de organizaciones sociales no gubernamentales, con un creciente grado de poder. Inclusive en la UNCED de Río de Janeiro de 1992, en la Conferencia de Viena sobre derechos humanos de 1993 y en la de Beijing de 1995, la lucha de los organismos no gubernamentales no fue ya por tener un espacio, sino por asegurar la representación de las voces e iniciativas de los foros paralelos en los relatorios oficiales. Esta visibilidad y reconocimiento internacional de las ONGs es un indicador de cambios organizativos e institucionales muy vastos.

En efecto, a partir de los años setenta hacen su aparición en el escenario público y van cobrando creciente importancia en todos los países formas de articulación de intereses y agrupamientos que dirigen sus demandas al Estado, pero que no se canalizan a través de los partidos políticos. En los países con regímenes políticos dictatoriales de esa época, los partidos políticos tenían un espacio de actuación muy limitado, sin elecciones. Estos movimientos podían entonces aparecer como expresiones de oposición política, expresiones democratizadoras. No siempre ni necesariamente lo eran. A menudo, se trataba de acciones colectivas con objetivos y demandas específicas, limitadas a reivindicaciones puntuales. Tal es el caso de numerosos movimientos urbanos. Con los procesos de transición a la democracia en los años ochenta y con la institucionalización

democrática en el nivel local, numerosos movimientos urbanos fueron incorporándose como actores sociales institucionalizados, reconocidos por los gobiernos locales. Hay municipalidades donde existen espacios para la expresión de las demandas ciudadanas, para el control ciudadano de la gestión y para la cogestión entre gobiernos locales y organizaciones sociales (por ejemplo, **Raczynski** y Serrano, 1992; Baierle, 1998).

Otros movimientos sociales tuvieron recorridos que los llevaron en otras direcciones en los años ochenta y noventa. Varias demandas de los movimientos de mujeres y de los movimientos de derechos humanos fueron incorporadas a la agenda social y política de las transiciones. Así, la crítica social del feminismo ha penetrado las organizaciones corporativas, los sindicatos, las organizaciones de negocios, el estado, la iglesia. Se ha generalizado el debate sobre la discriminación de las mujeres, la lógica de la igualdad, las transformaciones en la estructura legal, incluyendo (en el límite) el reconocimiento social y político de ciertas violaciones a los derechos de las mujeres, como ser la violencia doméstica (aunque todavía no la violación matrimonial). Podría decirse también que el debate sobre los derechos reproductivos (exceptuando el aborto) está instalado en la sociedad.

Igualmente, en la medida en que el discurso de los derechos humanos fue apropiado por vastos sectores de la sociedad y no quedó restringido o reducido a grupos de militantes y activistas, lo que en realidad está puesto en cuestión es la propia definición del éxito o fracaso de un movimiento social. Al mismo tiempo que la organización del movimiento de derechos humanos puede debilitarse en la transición (para el movimiento de derechos humanos en Argentina, Jelin 1995), con conflictos alrededor de estrategias entre quienes quieren entrar a las estructuras de poder y quienes eligen no negociar, sus temáticas y preocupaciones se extienden socialmente. La defensa de los derechos humanos, o en otro plano relacionado el reconocimiento de la subordinación de género y la urgencia de revertir esta situación, se incorporan al marco interpretativo democrático más amplio, lo cual es un indicador de su éxito: temas apropiados por la sociedad, aunque las organizaciones específicas a menudo están debilitadas y en conflicto.

En una perspectiva histórica de mediano plazo, las demandas sociales representadas en movimientos colectivos han ido cambiando de perfil.

El movimiento obrero y el movimiento campesino tenían, en su apogeo, proyectos de transformación social “total” (Calderón y Jelin 1987). Lejos estamos de los tiempos en que militantes y organizadores sindicales europeos llegaban a América con la intención de inculcar la “conciencia obrera”, usando como estrategia ingresar como obreros a las incipientes fábricas locales y llevar adelante su prédica en contactos cara a cara. Vino después una etapa de luchas en escala “nacional”. A partir de los años setenta, con el agotamiento del modelo de industrialización substitutiva y la expansión de los regímenes autoritarios, el espacio de los movimientos sociales, así como la mirada de los investigadores sobre ellos, cambia. La heterogeneidad y multiplicidad de actores y de sentidos de su acción se tornaron más visibles, las reivindicaciones se tornaron más específicas, la cara de la “identidad” de los actores en formación se hizo explícita (Evers 1984), la cultura de la cotidianidad comenzó a ser el foco de atención. Lo que atrajo de estas formas de expresión fue que, a partir de lo específico y lo concreto de la cotidianidad, a menudo llegaban a poner en cuestión los principios básicos de la organización social (Calderón 1986; Escobar y Alvarez 1992). Fueron movimientos heterogéneos y diversos, en los que la lógica de la afirmación de la identidad colectiva en el plano simbólico se combinaba de manera diversa con los intereses y demandas específicos.

Las transformaciones más recientes y los procesos actuales —marcados por las tendencias a la globalización y la apertura económica, por los avatares políticos de democracias frágiles, por la violencia social y la exclusión— apuntan a nuevos cambios, a formas aún más diversificadas, a sentidos múltiples, a actores que organizan sus estrategias en una simultaneidad de niveles y escalas, desde lo más local hasta lo global o mundial. Más que en ningún momento anterior de la historia, la expresión de demandas sociales colectivas en un ámbito local (sean demandas laborales a través de un sindicato, demandas de servicios frente al estado, protestas por contaminación, o reclamos de cualquier otro tipo) contienen en sí mismas la multiplicidad de sentidos implicados en la interpenetración, articulación y superposición de niveles. Igualmente, los grandes actos en escala mundial —las demandas en los ámbitos de las conferencias internacionales, por ejemplo— sólo cobran sentido cuando articulan (casi siempre de manera contradictoria y conflictiva) las situaciones locales con los temas globales. El relato personalizado, íntimo, doloroso, de una violación en

medio de la guerra de Bosnia, para una audiencia multitudinaria, con traducción simultánea y transmitido por televisión a todo el mundo (como ocurrió en la Conferencia internacional de derechos humanos en Viena en 1993) no hace más que colocar en el centro del espacio mundial esta multiplicidad de sentidos y niveles.

El proceso de globalización, tanto en lo que hace al contenido de demandas como a la rapidez del flujo de comunicaciones, está produciendo transformaciones importantes en la conformación de los movimientos sociales. La expansión de las organizaciones internacionales intergubernamentales (incluyendo la sucesión de “Cumbres” mundiales de las últimas décadas —mujeres, población, derechos humanos, medio ambiente, etc.) y el desarrollo de organismos no gubernamentales han transformado el escenario. La participación colectiva directa es sólo uno de los componentes (y ni siquiera indispensable en todos los casos) de la gestación de movimientos sociales y de nuevos actores colectivos. Con cierto grado de independencia en relación al grado y tipo de participación de base y del nivel de arraigo de los temas en la una sociedad concreta o en sectores de la misma, presenciamos el surgimiento de redes internacionales alrededor de problemas y temas (*advocacy networks* en la expresión de Keck y Sikkink 1998), compuestas por organizaciones intergubernamentales, organizaciones no gubernamentales de carácter internacional, nacional y local, oficinas de gobiernos, fundaciones, iglesias, militantes e intelectuales de muy diverso tipo.

Es en este punto donde vuelve a tornarse importante considerar la transformación de los marcos interpretativos que el surgimiento del MERCOSUR puede ocasionar en los movimientos sociales. Desde el espacio de la sociedad en su conjunto, se puede sentir el impacto y las consecuencias de las decisiones tomadas en el plano formal de las negociaciones de la “integración regional”. Los grupos sociales pueden ajustarse y adaptarse a las nuevas circunstancias y condiciones, pero no necesaria o inexorablemente se constituyen en actores sociales explícitamente incluidos en el proceso. Sin embargo, aunque no aparezcan de entrada en los titulares de los noticiosos y en las tapas de diarios, hay escenarios diversos y protagonistas múltiples de estos procesos. Muchos actores y fuerzas sociales están incorporando el nivel regional en sus estrategias de acción: las comunidades científicas y universitarias, los movimientos sociales (el

feminismo, el ambientalismo, el indigenismo, el movimiento de derechos humanos, etc.), las organizaciones no gubernamentales de diverso cuño (desde las que promueven una ciudadanía activa hasta las federaciones de organizaciones de base o las que promueven microemprendimientos), las comunidades artísticas. Los periodistas y los medios de comunicación tienden, aunque con dificultades, a incorporar el nivel regional en su agenda, produciendo información acerca de lo que ocurre y proponiendo diversas interpretaciones del proceso mismo (Grimson 1998). La programación ficcional de la televisión, que incluye películas y telenovelas, puede llegar a ser una fuerza crucial en la formación de imágenes y concepciones sobre “nosotros” y los “otros”. Lo que hacen unos influye sobre lo que piensan hacer otros, reforzando mutuamente esta incorporación del nivel regional. Con lo cual, gradualmente, se está dando ese cambio de encuadre de la acción al que hacíamos referencia más arriba.

En efecto, en la medida en que la negociación formal del MERCOSUR se está haciendo de la misma manera y con una institucionalidad similar a la que viene gobernando la política y la economía de los países, se genera un bien fundado temor: que los temas de la agenda de los movimientos sociales estén ausentes y que los actores sociales como protagonistas se vean postergados y “lleguen tarde” a los espacios y las mesas de negociación. En este caso, “llegar tarde” significa que las reglas de la negociación y los criterios de representación —o sea la institucionalidad del proceso— están ya definidos de maneras “tradicionales” que excluyen y marginan. Será sólo a través de la demanda y la protesta de los movimientos sociales que se podrá lograr la transformación del escenario y de las reglas de juego. Por lo tanto, cuanto antes se llegue, más factible será participar en el propio proceso de formulación de las normas. De ahí la urgencia de observar y analizar el proceso de conformación de los diálogos y la normatividad institucional del MERCOSUR con una perspectiva crítica que alerte frente a exclusiones y silencios.

Se vuelve entonces al diagnóstico inicial del “déficit democrático” de los procesos de negociación de la integración regional, cuando éstos se desarrollan a partir del encuadre intergubernamental. La creación de mecanismos de participación, representación y mediación entre las sociedades y sus grupos y la institucionalidad regional, se convierte en un desafío central del proceso.⁴

DESAFÍOS Y DILEMAS. NOSOTROS Y LOS OTROS

La historia de la humanidad es la de la sucesión de relaciones sociales y políticas entre sociedades y culturas. Hay guerras y luchas por dominar a otros; hay momentos de mutua comprensión, creatividad y enriquecimiento a través del contacto cultural. De hecho, se puede ver como la historia de diversas respuestas a la pregunta, “¿cómo se comportan los grupos sociales hacia otros que no pertenecen a la misma comunidad? (y ¿cómo deberían comportarse?)”. Esta preguntas se pueden hacer desde el plano interpersonal hasta el plano de los contactos internacionales e interculturales.

En todos los casos, hay un “yo” y un “otro/a”, un “nosotra/os” y un “ello/as”, una clasificación del mundo en dos categorías de personas. Esta distinción básica permea la vida “normal”. Sin embargo, no hay nada en la naturaleza biológica de la humanidad que ubique a las personas o grupos en tales categorías diferenciadas. Los pueblos y las culturas definen y construyen esos “nosotros” y esos “otros” como parte de sus procesos históricos. Es bien sabido que lógicamente es imposible establecer un principio de identidad sin al mismo tiempo establecer un principio de diferencia. Pero quiénes están de un lado de la línea o del otro, y cuál es la actitud frente a esos otros, es variable y depende de circunstancias y contingencias históricas.

En el escenario internacional contemporáneo, resulta urgente comprender las relaciones con los “otros”. Los procesos de globalización en curso crean oportunidades para el contacto cultural y la creatividad. Al mismo tiempo, se crean nuevas formas de intolerancia. El racismo y la xenofobia, las guerras étnicas, el prejuicio y el estigma, la segregación y la discriminación basadas en nacionalidad, raza, etnicidad, género, edad, clase, condición física, son fenómenos muy extendidos y llevan a niveles de violencia muy altos. Todos ellos constituyen casos de *no reconocer a los otros como seres humanos plenos, con los mismos derechos que los propios*. Son casos en que la diferencia genera intolerancia, odio, y la urgencia de aniquilar al otro. Sin embargo, esas mismas diferencias, puestas en un contexto de tolerancia y apertura, de responsabilidad y cuidado hacia el otro, ofrecen la oportunidad de explorar nuevos horizontes y enriquecer las experiencias vitales.

Estas cuestiones generales han sido, y siguen siendo, el núcleo del debate y de luchas sociales concretas por la expansión de la ciudadanía dentro de estados-naciones, por el reconocimiento de los derechos colectivos de las minorías, por los derechos de los migrantes y el multiculturalismo. Los procesos de negociación regional y los intentos de construir acuerdos supranacionales generan nuevas controversias y tensiones en estas cuestiones, reafirmando a veces los nacionalismos y profundizando las fronteras. Reconocer que las comunidades e identidades nacionales son construcciones históricas, contingentes e “imaginadas” no borra la realidad de que a lo largo de su historia, se han desarrollado estados y estructuras institucionales que se erigieron en autoridades para ejercer el poder y la violencia legítima, con impactos concretos en la vida cotidiana de sus habitantes. El desarrollo del estado-nación también implicó un proceso de institucionalización de límites y fronteras con otros estados, por lo cual las identidades nacionales adquieren significado en contraste con otras naciones, en una dinámica que involucra siempre a las fronteras, sean éstas políticas o simbólicas.

Los procesos de integración regional plantean la necesidad de repensar la relación entre ciudadanía y nacionalidad/nacionalismo. La creación de esferas públicas supranacionales requiere el desarrollo de nuevas formas de ciudadanía. Desde la perspectiva de los grupos subordinados, esto implica el desarrollo de nuevas voces, actores y movimientos sociales. Las oportunidades están dadas para expresar un alto grado de creatividad cultural, anclada en viejas o nuevas identidades étnicas, en nuevas identidades colectivas, o en nuevos compromisos con valores alternativos (Jelin y Hershberg, 1996). Estas oportunidades se ven potenciadas o bloqueadas según la manera en que se desarrollen los nuevos marcos interpretativos de la acción colectiva. En los nuevos contextos creados por los proyectos de integración regional, los movimientos sociales tienen la oportunidad de reforzar o de ampliar su doble rol, como sistemas colectivos de reconocimiento social que expresan identidades colectivas, y como intermediarios políticos no partidarios que traen las necesidades y demandas de las voces no articuladas a la esfera pública y las vinculan con los aparatos institucionales. El rol expresivo en la construcción de identidades colectivas y de reconocimiento social, y el rol instrumental como desafío a los arreglos institucionales existentes, son sin duda esenciales para la democratización de los nuevos escenarios regionales.

¹ . El proceso de negociación está desarrollándose con gran rapidez, y los resultados comerciales son notorios: el comercio intra-regional se incrementó a una tasa superior al 20% anual entre 1985 (cuando se firmó el acuerdo bilateral entre Argentina y Brasil) y 1996 (un aumento cinco veces mayor que el del comercio extra-regional). Los programas de inversiones, las empresas comunes, así como las negociaciones administrativas entre gobiernos para lograr normas y prácticas convergentes, están progresando, a pesar de los avatares económicos y políticos que marcan las relaciones entre los países (Ferrer 1997).

² . El crecimiento de la economía global y los procesos conexos, sin embargo, no implica la desaparición del estado. En palabras de Calhoun, "States remain the organisations of power through which democratic movements have the greatest capacity to affect economic organisation... [S]tates remain the highest level of institutional structure at which programmes of democratisation themselves can consistently be advanced. And states remain the most crucial objects and vehicles of efforts to achieve 'self-determination' or autonomy as a political community" (Calhoun 1993, 390).

³ . En el caso europeo, el desarrollo de la Unión Europea, unido a la tendencia hacia la descentralización gubernamental, generó una enorme vitalidad de las "regiones" sub-nacionales y transnacionales, que se manifiestan en las cuestiones relativas al "Tercer nivel" de Europa (Jeffery 1997). Se pueden detectar desarrollos análogos incipientes en el MERCOSUR.

⁴ . El déficit democrático no se resuelve simplemente con la creación de un Parlamento regional con elecciones directas, como lo demuestra el caso europeo. Se requieren mecanismos de control y monitoreo social de la institucionalidad regional, y mecanismos alternativos de participación (Bull 1993).

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ACHUGAR, H. y BUSTAMANTE, F., "Mercosur, Intercambio Cultural y Perfiles de un Imaginario", en García Canclini, N. (comp.), *Culturas en Globalización. América Latina-Europa-Estados Unidos: Libre Comercio e Integración*, Caracas, Nueva Sociedad, 1996.
- BAIERLE, S.G., "The Explosion of Experience: The Emergence of a New Ethical-Political Principle in Popular Movements in Porto Alegre, Brazil", en ÁLVAREZ, S.E., DAGNINO, E. y ESCOBAR, A. (comps.), *Cultures of Politics Politics of Cultures. Re-Visioning Latin American Social Movements*, Boulder, Westview Press, 1998, pp. 118-138.
- BULL, M.J., "Widening versus Deepening the European Community: The political Dynamics of 1992 in Historical Perspective", en Wilson T.M. y Smith M.E. (comp.), *Cultural Change and the New Europe. Perspectives on the European Community*, Boulder-San Francisco-Oxford, Westview Press, 1993, pp. 25-45.
- CALDERON, F., *Los movimientos sociales ante la crisis*, Buenos Aires, CLACSO, 1986.
- CALDERON, F. y JELIN, E., *Clases y movimientos sociales en América Latina: perspectivas y realidades*, Buenos Aires, Estudios CEDES, 1987.
- CALHOUN, C., "Nationalism and Civil Society: Democracy, Diversity and Self-Determination", en *International Sociology* 8, 4 (December), 1993.
- ESCOBAR, A. & ALVAREZ, S.E. (comps.), *The making of social movements in Latin America: Identity, strategy, and democracy*, Boulder, Westview Press, 1992.
- EVERS, T., "Identidade: a Face Oculta dos Novos Movimentos Sociais", en *Novos Estudos CEBRAP*, Vol. 2, No. 4, 1984.
- FERRER, A., *Hechos y Ficciones de la Globalización. Argentina y el Mercosur en el Sistema Internacional*, Buenos Aires, Fondo de Cultural Económica, 1997.
- GAMSON, W.A. y MEYER, D.S., "Framing Political Opportunity", en McAdam, D., McCarthy, J.D. y Zald, M.N. (comps.), *Comparative Perspectives on Social Movements. Political Opportunities, Mobilizing Structures, and Cultural Framings*, Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press, 1996, pp. 275-290.
- GOFFMAN, E., *Frame Analysis*, Cambridge, Harvard University Press, 1974.
- GRIMSON, A., "El Debate de Identidades en la Bibliografía sobre el Mercosur", Ponencia presentada en el Segundo Encuentro "Mercosur: espacios de interacción, espacios de integración", ANPOCS, Caxambú (Brasil), 1997.
- GRIMSON, A., *El Otro (Lado del Río). Producción de Significaciones sobre Nación y Mercosur en el Periodismo de Frontera. Un Estudio de Caso en Posadas (Argentina)*, Tesis de Maestría, Posadas, Universidad Nacional de Misiones, 1998.

- JEFFERY, C. (comp.), *The Regional Dimension of the European Union. Towards a Third Level in Europe?*, Londres, Portland, Frank Cass, 1997.
- JELIN, E., “La política de la memoria: el movimiento de derechos humanos y la construcción democrática en Argentina”, en *Juicio, castigos y memorias. Derechos humanos y justicia en la política argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1995.
- JELIN, E. y HERSHBERG, E. (comps.), *Constructing Democracy: Human Rights, Citizenship, and Society in Latin America*, Boulder, Westview Press, 1996.
- KECK, M. E. y SIKKINK, K., *Activists Beyond Borders. Advocacy Networks in International Politics*, Ithaca, Cornell University Press, 1998.
- MCADAM, D., *Political Process and the Development of Black Insurgency, 1930-1970*, Chicago, University of Chicago Press, 1982.
- PEÑA, F., “Raíces y Proyección del Mercosur” in *Mercosur: Un Atlas Cultural, Social y Económico*. Buenos Aires, Instituto Herbert Levy y Manrique Zago Editores, 1997, pp. 17-57.
- RACZINSKI, D. y SERRANO, C. (comps.), *Políticas Sociales, Mujeres y Gobierno Local*, Santiago, CIEPLAN, 1992.
- ZALD, M.N., “Culture, Ideology, and Strategic Framing”, en McAdam D., McCarthy, J.D. y Zald, M.N. (comps.), *Comparative Perspectives on Social Movements. Political Opportunities, Mobilizing Structures, and Cultural Framings*, Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press, 1996, pp. 261-275.

Programa de Investigaciones Socioculturales en el Mercosur

Títulos publicados:

Serie *Cuadernos para el Debate*

- Nº 1. HERNÁN VIDAL: "La frontera después del ajuste. De la producción de soberanía a la producción de ciudadanía en Río Turbio".
- Nº 2. DANIELA URIBARRI: "«Nosotros» y «los Otros» en los manuales escolares: Identidad nacional y Mercosur".
- Nº 3. MARCELO GUARDIA CRESPO: "Bolivia y Mercosur: en busca de la integración regional".
- Nº 4. BRENDA PEREYRA: "Más allá de la ciudadanía formal. La inmigración chilena en Buenos Aires".
- Nº 5. RUBEN OLIVEN: "Algunas claves socioculturales para entender Rio Grande do Sul".
- Nº 6. VERENA STOLCKE: "¿Es el sexo para el género como la raza para la etnicidad?".
- Nº 7. ALFREDO BOCCIA PAZ: "«Operativo Cóndor»: un ancestro vergonzoso".
- Nº 8. FERNANDO CALDERÓN G. Y ALICIA SZMUKLER B: "Aspectos culturales de las migraciones en el Mercosur".
- Nº 9. BRENDA PEREYRA: "Los que quieren votar y no votan. El debate y la lucha por el voto chileno en el exterior".
- Nº 10. ELIZABETH JELIN: "Diálogos, encuentros y desencuentros: los movimientos sociales en el Mercosur".
- Nº 11. MÁXIMO BADARÓ: "Mercosur y movimiento sindical. El caso de camioneros y judiciales".
- Nº 12. KARINA BIDASECA: "El Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha. La emergencia de acciones colectivas, nuevos actores rurales y alianzas en el escenario del Mercosur".



Instituto de Desarrollo Económico y Social

Aráoz 2838 ♦ 1425 Buenos Aires ♦ Argentina

Tel.: (54 11) 4804-4949 ♦ Fax: (54 11) 4804-5856

Correo electrónico: idesmerc@ides.org.ar